



## PROLOGAL

Pere Gimferrer



Por más de una razón —una de ellas, de profunda significación, viene en el frontispicio— me siento muy vinculado a *Toque de tinieblas*. Obra a su vez heredera de aquel *Viaje a Pantaélica* que prologué y edité hace más de diez años. Ni entonces ni hoy la proximidad, en materia relativa a la obra de Nieva, empaña, en mi sentir, lo objetivo de la percepción; pasa por ella como la luz por el cristal indemne. Me es, así, enteramente lícito manifestar que veo en *Toque de tinieblas* a un tiempo el más alquitarado y decantado poso último que la venencia de Nieva nos ha dado de su escritura dramática y, por eso mismo, en varios aspectos una de las cúspides de tal escritura; en la zona que le es propia. Como el neblí de Góngora evocado por Cernuda en un poema de homenaje al cordobés, llega a regiones a las que nadie más llega, como llegan a ellas, en la segunda «soledad», «los raudos torbellinos de Noruega»; desde esta alteza empírea, puede reír, no como el «demonio arisco» que evoca Cernuda, sino como un demonio que nos es intrínseco. Así en el viejo decir de Heráclito: «tu carácter es demonio para el hombre», que Nietzsche quiso traducir racionalmente por «el carácter es el destino».

Lo que aquí primero llama la atención es, por una parte, lo libérrimo de la inventiva, tan desasida como en la poesía más extrema y autorreferencial de cuanto no sea requerimiento de la propia necesidad de expansión de un universo autónomo, y, por otra parte, la desazonante y aguijadora capacidad de expresión de esta distribución de renglones a la que en rigor no cabe llamar ni verso libre ni prosa indebida: nace, más bien, de una especie de descomposición prismática de lo que acaso fue en su día un esqueleto o armazón de prosa, pero que ahora procede por tientos (que no a tientas), en el sentido preciso que esta palabra tenía en la

música del siglo XVIII, época en que transcurre la acción del libreto, que tanto podemos imaginar musicado por Mozart como por Stravinsky.

La peripecia en sí, y sus quiebras dramáticas, es a la vez de fantasmagoría alucinada y de ópera bufa, a medio camino entre el Goldoni de *Il mondo della luna*, el Da Ponte de *Don Giovanni* y el Cocteau de *Oedipus rex*, pero yendo más allá de todos ellos en varios sentidos, desde el tañido inconfundible del lenguaje (Nieva es posiblemente quien escribe hoy, al menos en teatro, mejor castellano, y más seductor) hasta la capacidad visionaria en escenografía y luminotecnia, incluso por ordenador. La obra es, naturalmente, una sátira, pero también una conmovida reflexión moral sobre los años de aprendizaje (no precisamente de Wilhem Meister, desde luego) y, mayormente, un estallido de fantasía, como aquel rubeniano «fracaso de cristales»: al igual que Rubén, Nieva sabe ser «muy siglo diez y ocho y muy antiguo, y muy moderno: audaz, cosmopolita», lema que tantos hemos sentido como propio y que tan raras veces es doble alcanzar, pese a que aquí aparece casi como un previo dato espontáneo, anterior incluso a la escritura material del texto.

Mi amigo Joan Brossa solía decir: «Me gusta tanto el teatro que nunca voy al teatro». No sé si llegará un día en que podamos ir al teatro a ver, con o sin música, una representación de *Toque de tinieblas*; pero leerla es ya, no digo ir al teatro, sino incluso más que ir al teatro las más de las veces; aquí, verdaderamente y en serio (y con qué humor, al propio tiempo) tenemos teatro. Con la libertad que para el teatro quisieron tantos, desde Artaud hasta Ionesco. Se diría que leemos en clave de aparente delirio carnavalesco (también en el sentido que este adjetivo tenía para Bajtin) al Stendhal de *Crónicas italianas* o de *La cartuja de Parma* o que vemos en cine *El ángel exterminador* de Buñuel o bien *Os canibais* de Manoel de Oliveira, o que cobran vida unas figuras en parte pintadas por Arcimboldo, en parte por De Chirico y en parte por Balthus. Lo que en nosotros queda es, al cabo, la palabra irrestañable y el movimiento escénico incontenible e inconfundible de Francisco Nieva en la mayor plenitud de su arte supremo.

Barcelona, 26-IX-2005